

**GOLDY MOLDAVSKY**



**EL SEÑOR  
DEL  
FLY FEST**

**ÚNETE A LA FIESTA**

Traducción de Daniel Renedo Alonso



la esfera azul

# 1



ESTA VEZ, RAFI FRANCISCO HABÍA METIDO LA PATA, DE LO LINDO.

Se encontraba sola y perdida en medio de una selva del Caribe, y llevaba puesta una camiseta de una talla que no era la suya y que se le adhería a cada hendidura sudada del cuerpo.

Había un bicho, grande como una bala, que le zumbaba incesantemente en el cuello, atraído por el olor dulzón del desodorante por el que absurdamente se había decantado.

El peso de su mochila parecía aumentar por momentos y, a cada paso que daba, le golpeaba en las lumbares.

Tenía sed, estaba cansada y también asustada, y este error garrafal de viaje le había costado dos mil dólares, que eran todos sus ahorros.

Sí, Rafi Francisco había metido la pata. Pero, o sea, hasta el fondo.

Lo supo en el momento en que pisó aquella cosa pringosa y notó cómo la zapatilla se le fue hacia delante. Torció el gesto al levantar el pie para evaluar los daños. No quería ni imaginarse al animal capaz de hacer una caca de esas

dimensiones. Con la suerte que tenía, lo más probable es que siguiera cerca y la estuviera observando entre los árboles, listo para atacar. La isla solo había necesitado treinta minutos para demostrarle lo «aplastante» que podía llegar a ser. Arrastró la suela por el pie del tronco más próximo hasta que logró deshacerse de casi todo el pringue.

Unas horas antes, Rafi se encontraba en un avión con aire acondicionado, comiéndose la tercera de las bolsas de patatas cortesía de la casa, de las que podía pedir cuantas quisiera. En aquel momento, sin embargo, lo que hacía era arrepentirse de las decisiones que había tomado en la vida. Instintivamente, sacó el móvil del bolsillo, pero enseguida recordó que allí no había cobertura. La idea de tener un teléfono móvil en la selva resultaba ridícula, tanto como sujetar un ramo de flores durante una ventisca; era como si dos cosas pertenecientes a mundos opuestos trataran de coexistir.

Y aunque Rafi llevaba solo un rato en la isla, ya había un montón de cosas acerca de ella que le olían mal. Rafi había volado hasta la isla de Exuma en un avión repleto de jóvenes festivaleros, y después todos ellos se subieron a un barco que tardó hora y media en llegar adonde se encontraban. La isla era lo suficientemente grande como para que Rafi tardara varios días en explorarla en su totalidad, pero a la vez lo suficientemente pequeña para no encontrarla en un mapa. Una vez creyó haberlo conseguido, y la había estudiado largo y tendido hasta que se dio cuenta de que lo que estaba observando era en realidad una migaja de un *muffin* de arándanos. Pero lo más extraño de todo fue que, cuando bajaron del barco,

no hubo nadie para darles la bienvenida: ni un organizador, ni ninguno de los dueños, ni tan siquiera un voluntario del festival. Por eso mismo Rafi había acabado en el interior de la selva, en busca de alguien que pudiera indicarle dónde encontrar su equipaje.

Solo habían transcurrido treinta minutos y Rafi ya tenía el mal presentimiento de que les habían timado. Pero el mayor indicio era la isla en sí: no se parecía absolutamente en nada a la del vídeo promocional.

El Fly Fest había pasado de ser un simple rumor a un hecho viral y luego, en cuestión de días, se había convertido en el destino más deseado. Pero no cobró vida del todo en la mente de la gente hasta que se lanzó el vídeo promocional. Playas de arena, motos acuáticas y supermodelos. Y ya legendaria voz en *off* que acompañaba a las despampanantes imágenes del vídeo.

«El Fly Fest es una pregunta. Una respuesta. Un enigma. Un mesías. Una sandalia. Lo es todo y no es nada. Te llevará a los límites de la infinitud, a una exploración sin fin y a una consumación esclarecida que ni tan siquiera sabías que deseabas, pero que tampoco has anhelado nunca. Es aire. Arena. SUPERMODELOS. Es lo que sientes cuando los rayos del sol se te cuelan entre los dedos, cuando el agua te sale disparada por la nariz. Es estar en lo alto del Everest y descubrir la ciudad perdida de El Dorado. Es el monstruo del lago Ness. Es el momento inmediato a que el Vesubio explotase, pero previo a que la gente de Pom-

peya se convirtiese en cenizas. Es la deliciosa mezcla del éxtasis mental, el éxtasis físico y el éxtasis sintético. Y yates. Y... es... volar»).

Así que sí, el Fly Fest era distinto a como se lo habían vendido. Lo único bueno era que nadie había visto a Rafi pisar la caca.

—¡Hola! —dijo una voz.

Rafi se giró y se encontró con alguien que móvil en mano se acercaba a paso ligero hacia ella. Una persona de su edad con un corte *bob* tipo paje.

—¡Por fin! ¿Cuál es la contraseña del wifi?

—¿Disculpa? —preguntó Rafi.

—Trabajas aquí, ¿no?

—En... ¿la selva?

—No. En el festival.

—Ah —respondió Rafi—. No, no trabajo para el festival.

—Pero... tu camiseta...

Rafi se miró la ropa: su camiseta era de un rosa neón e incluía el *hashtag* #ViveRíeFLY escrito en cursiva a lo largo del pecho con las letras en blanco. Cuando compró la entrada para el Fly Fest, se dio cuenta de que no tenía ni idea de cuál era la vestimenta adecuada para un festival de una semana de duración en las Bahamas. Su armario se componía principalmente de jerséis holgados en distintos tonos de gris y marrón topo y lo que quería hacer, durante el tiempo que durase el viaje, era integrarse. Sin embargo, la elección de la camiseta parecía no haber funcionado: en el mismo momento

en que puso un pie en la isla y vio el aspecto de los asistentes, Rafi se sintió distinta.

El corte *bob* con flequillo de su pelo negro destacaba en un mar de largas cabelleras rubias y resplandecientes melenas castañas. Aunque estaban en el trópico, todo el mundo iba de punta en blanco; era imposible localizar un solo mechón de pelo que la brisa hubiese descolocado. Rafi, sin embargo, apurada por llegar a tiempo al aeropuerto, no se había echado ningún producto capilar, y tampoco metió ninguno en la maleta. Además, daba la sensación de que todo el mundo se había puesto de acuerdo para broncearse antes de llegar a la isla, lo cual hizo que ella (que probablemente pasaba encerrada en casa más tiempo de la cuenta) se sintiese un poco como Casper. La camiseta que llevaba puesta era la más chillona, desenfadada y cara de todas las que tenía; cuando la vio en la web del Fly Fest, dio por hecho que sería perfecta para el festival. Aunque ahora, al mirarla con detenimiento, se dio cuenta de lo genérica que era, además de que no podía asegurar que en la espalda no llevase escrita de lado a lado la palabra *STAFF*.

Cuando echó un vistazo a la camisa de su reciente acompañante, se percató de que en el cuello llevaba una chapa en la que ponía «ELLE/LE».

—Por cierto, soy Rafi. Mis pronombres son «ella/la».

La respuesta fue una mirada escéptica que dio comienzo por la cabeza y fue descendiendo hasta llegar a la zapatilla de la vergüenza.

—Peggy Yim.

—Hola, Peggy. No trabajo aquí, por cierto. De hecho, llevo un rato buscando a alguien que sí lo haga. Es raro que no haya nadie, ¿verdad? —Rafi esperaba recibir una respuesta, pero Peggy parecía preocuparse más de su móvil que de ella. Lo tenía en alto en busca de señal.

—Ya lo he intentado —comentó Rafi—. No va a funcionar.

—Es un teléfono satelital. Conseguiré conectarme —aseguró Peggy—. Es cuestión de tiempo.

—¿Eres un as de la tecnología o algo así?

—Sí. —Aquella fue la única aportación de Peggy, pero a Rafi le agradó su concisión, la seguridad con la que respondía. Era muy probable que él fuese uno de los programadores del sector CTIM que iban a acabar gobernando el mundo, cosa de la que eran plenamente conscientes. Rafi necesitaba esa confianza y ese descaro; había venido a Fly Fest para ser valiente, para hacer cosas importantes. Y de repente, por puro impulso, se sintió lo bastante valiente para compartir algo sobre sí misma.

—Yo también soy bastante *techie*. Tengo un pódcast.

Rafi hizo una pausa, por si a Peggy le apetecía hacer una pregunta con la que continuar la conversación o quizá emitir un murmullo de aprobación. Pero lo único que se oyó fue el graznido de un tucán que sobrevolaba la zona. Puede que el silencio de Peggy fuese la forma de decirle a Rafi que siguiese hablando...

—Se llama *Misterios musicales*. Va sobre misterios en el mundo de...

—Déjame adivinar —la interrumpió Peggy—. De la música.

—Así es. He subido ya la primera temporada. Son ocho episodios, y ha tenido bastante éxito.

—No me suena de nada.

—A ver, éxito dentro del mundo del *podcasting* independiente. Lo reseñaron en varios blogs, y Michael Panz, que ayuda a la NPR como productor de sonido, dijo que esa un pódcast «prometedor». Estoy bastante orgullosa, la verdad.

Peggy no dejaba de comprobar la señal del móvil y, aunque caminaba sin hablar, tampoco había hecho por cambiar de tema. Y para Rafi eso era algo nuevo, ya que, llegados a ese punto en una conversación acerca de su pódcast, la mayor parte de la gente solía hacerlo.

—La segunda temporada la voy a centrar en River Stone.

—También está aquí, ¿no?

—¡Sí! —Su voz sonó más alta de lo que hubiese deseado, pero es que Rafi se alegraba de que Peggy estuviese interactuando con ella. La interacción entre ella y Peggy oficialmente se podía considerar un diálogo. Su pódcast era un tema de interés no solo para sí misma, sino también para le chique, que claramente era una persona interesante e inteligente—. River es uno de los artistas que actuarán en el festival, y es por eso por lo que he venido.

—Acosadora.

—No, no, no —negó Rafi, acelerando el paso para andar a la par que Peggy—. Soy algo así como una especie de periodista. Persigo una historia, y si resulto estar en lo cierto, muchas cosas se aclararán.

—¿Lo de la desaparición de su novia?



—Exacto —afirmó Rafi. Le agradaba que incluso Peggy dejase entrever que dicha historia resultaba rara e inverosímil. Eso mismo hacía que fuese perfecta para el pódcast.

—He oído que River ha cancelado.

Rafi se paró en seco.

—¿Qué?

—Todos los artistas han cancelado, y las modelos también.

Rafi aceleró el paso para coger a Peggy, que no había dejado de andar y de levantar el móvil hacia el cielo como si estuviera tratando de ponerse en contacto con un ser superior.

—¡Pero yo he venido aquí exclusivamente para conocer a River!

—Qué faena. —El tono de Peggy no reflejaba en absoluto sintiera eso como una verdadera faena. Puede que al fin se le hubiese cansado el brazo, pero el caso es que Peggy bajó el teléfono móvil dejando que le diese la cadera a la vez que le lanzó a Rafi una mirada seria—. No hay nadie asociado al Fly Fest en ninguna parte de esta isla. Sabes lo que eso significa, ¿verdad?

Rafi negó con la cabeza.

—Estamos atrapades —aclaró Peggy.

Eso para Rafi era una posibilidad demasiado dura, demasiado desoladora, y para contrarrestarla, su primer instinto fue soltar una risita.

—No lo estamos. —Si el festival se había cancelado, era cuestión de horas que alguien viniese a por ellos. Seguramente un barco—. La ayuda tiene que estar de camino —dijo Rafi.

Hacía unos segundos no era consciente de que la necesitasen, pero nada en el mundo resultaba más evidente.

Y, aun así, Peggy no parecía convencida.

—Solo espero que llegue antes de que se desate el infierno.

Esto también hizo reír a Rafi, aunque el sonido que salió de su garganta se asemejó más al que haría una rana que se estuviera atragantando con una mosca.

—Venga ya. ¿Cómo se va a desatar el infierno? Aquí todo el mundo parece bastante guay.

—Asumo entonces que aún no has estado en el puerto.

## 2



EL PUERTO ERA EL QUE LES HABÍA DADO LA BIENVENIDA AL DESEMBARCAR. Parecía tratarse de la única estructura artificial en toda la isla, la única señal que acreditaba que otros seres humanos habían pisado la isla antes que ellos. Pero también era una señal de que alguien había abandonado ese lugar, porque daba la sensación de estar inacabado.

El edificio, si se lo podía llamar así, estaba cubierto solo parcialmente: constaba de tres paredes y, frente a ellas, había unas cuantas columnas cuya función era sujetar un techo de paja. Los travesaños de madera estaban astillados y abombados, y los letreros de bienvenida se encontraban combados por la humedad y el paso del tiempo. Daba la sensación de que alguien planeaba convertir la isla en un lugar turístico y que había empezado por el puerto, pero que, una vez hecho eso, se había quedado sin dinero para lo demás. El puerto le recordaba a Rafi el edificio que había frente a su casa, que llevaba en construcción desde que ella tenía once años, y siete después seguía a medias. La mitad de los muros estaban cubiertos con aislamiento, mientras que la otra mitad formaban

un esqueleto de acero. Así pues, el puerto era una promesa rota. En aquel momento, sin embargo, podría haber sido el lugar en que tenía lugar una junta de vecinos, ya que estaba hasta arriba de gente cabreada.

Cuando Rafi puso un pie dentro, la primera persona con la que se topó fue una chica que parecía un poco más joven que ella y que sollozaba.

—¿Estás bien? —le preguntó Rafi.

La chica miró a Rafi con unos ojos como dos géiseres idénticos. A Rafi le aterrorizó lo que vio y por ello mismo se dispuso a realizar una rápida comprobación en busca de algún indicio físico del dolor.

—¿Estás herida?

La chica alzó las manos, y Rafi las examinó para tratar de dar con algún rasguño o restos de sangre. Pero estaban igual de inmaculadas que las de una modelo de uñas.

—¿Dónde... —empezó a decir la chica, haciendo una pausa para respirar entrecortadamente, y continuó entre sollozos—: está... mi... villa?

Cierto. Algunos de los asistentes habían pagado miles de dólares para pasar la semana en villas de lujo distribuidas por la playa. Rafi, por su parte, se había decantado por el tipo de alojamiento más barato, que en la web del Fly Fest aparecía descrito simplemente como «habitación». Pero por ningún lado se veían habitaciones, y mucho menos villas.

No sabía qué decir.

Exasperada, la chica soltó otro largo sollozo y se marchó corriendo para encontrar a alguien que, a diferencia

de Rafi, la ayudara. Pero no tenía pinta de que nadie de los presentes pudiese. Por todo el puerto había gente llorando, chillando, gritándose unos a otros, haciendo preguntas. Era desconcertante, y Rafi se sentía a la deriva en un mar de confusión. Fue por eso por lo que regresó junto a Peggy, como si le chique fuese un bote salvavidas.

—Alguien tiene que tranquilizarlos —dijo Rafi—. Quizá deberías decir unas palabras.

—¿Yo? —preguntó Peggy—. ¿Por qué?

—Eres la única persona que no está de los nervios.

Peggy estaba increíblemente calmada, seguía mirando el teléfono móvil, tratando de conseguir que fuese de utilidad.

—Soy así: las cosas me dan igual.

Rafi asintió con la cabeza, aunque no sabía si Peggy estaba hablando en serio o no. El tono monótono de su voz hacía que todo sonara sarcástico.

—Pero tú sí que deberías hablar —continuó Peggy.

—No, no podría. —En el pódcast, Rafi hablaba a sus oyentes sin problema alguno, pero eso no implicaba que se sintiera cómoda hablando a una multitud. Y mucho menos a personas tan enfadadas como aquellas. Sin los cascos puestos y un micro delante, Rafi ni siquiera estaba segura de tener voz propia.

—¡ESTA CHICA DE AQUÍ QUIERE DECIR ALGO! —gritó Peggy. Resultaba que su voz podía mantenerse inexpresiva incluso octavas por encima de lo habitual, lo cual sorprendió a Rafi. Pero le horrorizó ver que a la persona a la que Peggy señalaba era a ella.

—No —dijo Rafi. Pero ya era demasiado tarde: Peggy se había hecho con la atención de los presentes, que empezaron a acercarse a Rafi; la intensidad de sus preguntas era tal que la hizo retroceder. Desafortunadamente, al alejarse de espaldas, acabó pegada al mostrador de *check-in*, situado al fondo de la estancia, y parecía que la única forma de conseguir cierta distancia con la creciente y enfurecida horda era subirse a él. Así que eso fue lo que hizo.

—¿Dónde están las cosas? —chilló alguien de entre la multitud.

—¿Dónde está nuestro equipaje? —preguntó otra persona.

—¡En la web ponía que habría masajes!

—¡Quiero una piña colada!

Rafi trató de calmar a la muchedumbre, pero en medio del escándalo ni siquiera se oía a sí misma. Y a continuación pensó que ella podía ser la persona adecuada para hablar delante de la multitud puesto que tenía la herramienta perfecta. Se echó la mochila hacia adelante, la abrió y buscó dentro su micrófono inalámbrico. No era un micro de alta tecnología como el que tenía en el estudio, es decir, en su armario, pero serviría. Y lo mejor de todo era que, además de grabar sonido, amplificaba la voz. De la mochila sacó también el altavoz portátil, lo colocó a sus pies y le conectó el micrófono con un cable grueso.

—A ver, gente, ¡tranquilidad! —Su voz resonó por encima de la muchedumbre como lo haría una manta gruesa sobre una hoguera, apagando las preguntas y preocupaciones al instante.

Echó un vistazo a Peggy, que mantenía la vista pegada al móvil pero que, aun así, levantó un pulgar en dirección a Rafi.

—Me encantaría poder responder todas vuestras preguntas, pero no trabajo para el Fly Fest —anunció Rafi.

Los presentes, todavía en silencio, pusieron cara de no entender nada.

—¿Estás segura? —preguntó alguien.

—¿Por qué todo el mundo piensa que trabajo aquí?

—Tienes pinta de persona que tiene que trabajar para comer —opinó un chico.

—Y tendrás como unos... treinta y dos años, además, ¿no? —añadió una chica.

—Tengo dieciocho —aclaró Rafi, horrorizada por el comentario. Y después cayó en la cuenta de algo: «Tiene que ser cosa del micrófono». Era un símbolo de autoridad y madurez e imponía. «Sí, es por el micrófono», pensó.

—Es por tu camiseta —señaló alguien.

Rafi se miró la camiseta y se preguntó, ya por segunda vez en el día, qué parte de la camiseta (de vivos colores, sin forma y con un *hashtag* genérico) expresaba «¡Personal del festival!».

—Es una camiseta chula y moderna —trató de explicar.

El silencio compartido, nacido de la confusión, daba la sensación de estar reuniendo fuerzas. Hubo quien sacudió la cabeza para mostrar su desacuerdo; Rafi fingió no verlos.

—A ver, puede que no trabaje aquí, pero lo que sí sé es que nadie de esta isla tiene pinta de hacerlo.

Los presentes empezaron a girar la cabeza, mirándose los unos a los otros, como para asegurarse de que no había nadie

del Fly Fest escondido entre ellos. Pero nadie más llevaba una camiseta rosa neón con un eslogan genérico aprobado por el festival.

—Quizá están de camino en otro barco —prosiguió Rafi—. O puede que estén en otra parte de la isla y no hemos dado con ellos aún.

—¿Las villas están en esa otra parte de la isla? —Fue la chica que había estado llorándole a Rafi, ahora con lágrimas secas en las mejillas.

—¡La otra parte de la isla tiene todos los yates! —gritó un tío con demasiada convicción.

—¿Están allí las supermodelos? —interrogó alguien.

—¿Puedo tomarme mi piña colada en un yate con las supermodelos? —preguntó otra persona.

Rafi identificó el inicio de una nueva ola de indignación. Habló por el micro:

—Sé que nos prometieron yates con supermodelos. —Incluso mientras lo decía era consciente de lo ridículo que sonaba; lo improbable que era que unas supermodelos quisieran participar de una fiesta con gente normal y corriente en barcos de lujo—. Pero creo que tenemos que prepararnos para...

—¡Me llamo Paul! —anunció un tipo sin venir a cuento. Era tan alto como el poste de una portería y parecía el típico tío del equipo de fútbol del instituto de Rafi—. Y solo tengo una pregunta: ¿al final va a venir O-Town?

—¡Yo me llamo Ryan y mi pregunta es la misma! —añadió otro—: ¿Dará O-Town su concierto especial de reencuentro en el festival?



El tal Ryan era casi idéntico a Paul. Ambos tenían el pelo corto y oscuro, barbilla cuadrada y el aura de modelo de anuncio de desodorante. Rafi tenía la sensación de que estaba viendo doble, lo cual resultaba desorientador, aunque no más que la extraña pregunta.

—No sé qué es un Hotown\* —contestó ella—, pero suena francamente sexista...

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Sabes acaso quién es mi padre?

—¿Y por qué es eso relevan...?

—Si O-Town ha cancelado, quiero pirarme de esta isla —la interrumpió Ryan—. Haz que vuelva el barco. Quiero mi dinero, y a ti, guapa, te voy a demandar.

—Como ya he dicho, no trabajo para el Fly Fest.

—¡Me da igual! —gritó Paul.

Rafi le lanzó una mirada a Peggy, en un intento por encontrar algo de consuelo, pero lo único que elle hizo fue volver a levantar la mano, esta vez con el pulgar hacia abajo.

Así que Rafi no solo había perdido dos mil pavos y estaba varada en una isla, sino que encima la iban a demandar. El asunto le habría preocupado más de no ser porque hubo algo que la distrajo.

---

\* Juego de palabras intraducible. Rafi confunde el nombre de la *boy band* estadounidense O-Town por *Hotown*, palabra compuesta por los sustantivos «*ho*» (prostituta o, vulgarmente, puta) y «*town*» (pueblo o ciudad). (N. del T.)

Un nuevo grupo desfilaba desde la playa camino del puerto. Era una nube de opulencia y belleza, y había algo en ellos que los diferenciaba del resto. Podía deberse a que ninguno estaba intentando demandar a Rafi en ese momento, pero tenían una apariencia como más digna. Más resplandeciente. Eran guapísimos y sus modelitos, aunque no eran nada apropiados para la playa, parecían carísimos.

Las chicas iban arando la arena con los tacones. Algunas lucían tops de ganchillo con escote *halter*, demasiado calurosos para el clima de la isla y a la vez escasos de tela para proteger la piel del constante sol. Otras llevaban bikinis, cuya parte superior era casi todo tiras; parecían una especie de artilugio de *bondage* innecesariamente complicado, y las marcas que debían de dejar con el bronceado tenían que ser una absoluta pesadilla. Y una cantidad desproporcionada vestía la prenda más exasperante de todas: los monos.

La ropa de los chicos, aunque más sencillita, no se entendía en la atmósfera en la que se encontraban: zapatillas de diseñador, camisetas *oversize* de diseñador y pantalones, (también de diseñador), que se estrechaban de camino a los tobillos. Todas las prendas parecían cómodas y como guateadas, y Rafi no quería ni imaginarse la cantidad de sudor que escondían tantas capas.

Había algo especial en ellos, y Rafi los observó como si los conociera. Tardó un minuto, pero al final se dio cuenta de por qué le resultaban familiares: Rafi los reconocía de las historias que había visto por internet, información con la que se había topado sin pretenderlo.

*Influencers*. Estaba clarísimo, tanto como si flotando sobre la cabeza de cada uno pudiera ver el *check* azul de verificado o las letras K o M acompañando, que indicaba el número de seguidores.

Rafi reconoció a la pareja que se había metido con Frankfurt: la capital alemana, las salchichas y el grupo de académicos.

Al chico que adoptó diecisiete cachorros y que, posteriormente, les buscó un nuevo hogar a dieciséis de ellos.

A la chica que lanzó al mercado una línea de *skin-care* que fue retirada porque imitaba los efectos del veneno de serpiente.

A la gurú de la comida vegana que, accidentalmente, había provocado que muchos de sus seguidores sufriesen una intoxicación alimentaria con su receta de macarrones con queso sin cocer.

Al tío de los cristales que había puesto en marcha una secta.

Al diseñador de moda que también había puesto en marcha una secta.

A la chica de las velas que quemó la Costa Oeste.

Al tipo cuya vida no era más que una broma muy elaborada.

A la tipa que infringió las restricciones de desplazamiento durante la pandemia para visitar ciento veinte países.

A la persona que fue a Uzbekistán para hacer obras de caridad con lombrices.

Al tío ese que empezó la guerra aquella utilizando técnicas de *mindfulness*.

Y esparcida entre el grupo de *influencers* existía una pequeña élite aún más ratificada. Rafi los reconoció porque de vez en cuando aparecían en las fotos de famosos de verdad. Ellos casi lo eran también. Bueno, famosos adyacentes: compartían peluquero o la misma *app* de citas, en la que solo podías entrar si te invitaban; no promocionaban nada en sus redes, porque ya eran ricos e independientes gracias al dinero de sus padres. Igual que no se los relacionaba con ningún escándalo, tampoco se los conocía por poseer ningún tipo de talento, aunque siempre parecían formar parte de los estilos de vida más resplandecientes. Eso mismo, supuso Rafi, era lo que los había atraído del Fly Fest. Y aunque ahora también resplandecían, era más bien por el sudor; evidentemente, no era lo mismo.

Al frente del grupo, liderándolos, se encontraba el mayor *influencer* de todos.

Rafi reconoció a Jack Dewey de sus tutoriales de maquillaje en YouTube. Era toda una belleza. Pero no como el típico ídolo de la juventud, sino una belleza al estilo de *Toddlers & Tiaras*; como si hubiera participado en un concurso de belleza y le hubiese robado la corona a una emperifollada niña de trece años. Tenía el pelo rojizo, que le caía en picado sobre la frente, y una silueta modelada y lisa como un delineador de cejas. Comparado con las personas a su alrededor, iba vestido de forma moderada, una camiseta sin mangas y unos *shorts* cortos. No necesitaba llevar nada ostentoso: su cara era la encargada de captar toda la atención.

Jack iba maquillado de arriba abajo, con las cejas pintadas en dos altos arcos, los pómulos marcados con el *contou-*

ring y los labios perfilados más grandes de lo que realmente eran. Lo que conseguía hacer con el maquillaje era pura magia. Una vez, Rafi intentó seguir los pasos del tutorial para hacerse su característico *smoky eye*, pero lo único que consiguió fue parecer que trabajaba de deshollinadora.

Cuando llegó al puerto, Jack se paró, y su grupito de *influencers* se detuvo también, aunque detrás de él. Enseguida localizó a Rafi. Y se dirigió a ella.

—Por fin —suspiró aliviado—. Una empleada.

—La camiseta que llevo puesta la encontré rebajada en la web del Fly Fest —proclamó Rafi por el micrófono de la manera más clara posible—. Estaba justo al lado de las *wristbands* y de las almohadillas para el ratón. —Y en el mismo instante en que pronunció «almohadillas para el ratón», la idea de que, en efecto, el festival era un timo le resultó a Rafi más que evidente.

—¿Y entonces tú quién eres? —preguntó Jack.

—Mi nombre es Rafi, Rafi Francisco.

—En redes, me refiero. ¿Cuál es tu arroba?

—Ah. Pues... puedes encontrarme en Twitter como *Misterios musicales*. Es el nombre de mi pódcast. Tengo un pódcast.

El silencio que se hizo fue devastador. Incluso se pudo oír a una libélula que, completamente mortificada, salió zumbando. La quietud, salpicada únicamente por el ruido del balanceo de uno de los *influencers* recién llegados, se alargó de forma incómoda hasta que el susodicho terminó cayéndose al suelo con la cara por delante.

—¿Está bien? —preguntó Rafi—. Quizá le ha dado un golpe de calor.

—Estoy bastante seguro de que ha sido por la vergüenza que ha debido de sentir por ti —sentenció Jack. Esquivó al chico que acababa de desplomarse para llegar hasta el mostrador y se subió junto a Rafi—. Ya me encargo yo —le dijo a Rafi, tratando de quitarle el micro.

Pero Rafi se agarró a él con fuerza.

—Este micro, de hecho, es mío. Les estaba diciendo que quizá deberíamos investigar la isla para ver si encontramos a alguien que esté al cargo, antes de sacar conclusiones precipitadas. Yo ya he estado en la selva, así que esa parte está cubierta. ¿Quieres formar equipo? ¿Me acompañas al otro lado de la playa?

Rafi recibió la carcajada que soltó Jack como un tortazo en la cara.

—¿Y exponerme al sol otra vez? No, gracias.

—Lo haré yo.

Rafi buscó a la persona que acababa de presentarse voluntaria entre la muchedumbre. Con cara de asombro, la gente se empezó a echar a los lados para dejar paso al artista del momento, River Stone.

Al verlo así, de forma tan inesperada, Rafi se quedó sin palabras.

Pero Jack habló de inmediato por ambos:

—Iremos los tres, ¡sí!